

EL CAFÉ.

SEMANARIO PINTORESCO DE BARCELONA.

PRECIOS.	En Barcelona.	En Provincias
Seis meses.	19 rs.	24 rs.
Tres meses.	10 rs.	15 rs.
Un mes.	4 rs.	

ANUNCIOS á 8 maravedises linea los no suscritos, y á 4 maravedises los suscritores. Remitidos de interés particular, á precios convencionales. Remitidos de general interés, gratis.

Se suscribe en Barcelona en la Imprenta de La Publicidad, bajada de la Cárcel, n. 6; y en las librerías de Manero y Popular-económica, Rambla de santa Mónica; Ginesa, Jaime I.º, y en las principales librerías del Reino. Redaccion y Administracion, en la misma imprenta.

SUMARIO.

TEXTO: El Despertar, por D.ª Pilar Pascual de Sanjuan.—La luna de miel, por G. Franco.—Los que hacen el oso ó tocan el violon, por Alejandro Buchaca y Freire.—La vega de Toledo, por Antonio Mallá y Brignole.—Circo Barcelonés.

ILUSTRACION.—Caricaturas, por Patuflet.

EL DESPERTAR.

¡Momento solemne! momento terrible á veces, dulcísimo en raras ocasiones, inefable y sublime siempre! Despues de algunas horas de un sueño reparador, despues de una tregua de nuestras penas y placeres, de nuestros temores y esperanzas volvemos á la vida que, por decirlo así, habiamos abandonado. El alma, como un viajero que regresara de un mundo ideal y desconocido, dirige una mirada en derredor y se le presenta lo pasado con sus penosos recuerdos, el presente con sus disgustos y zozobras, el porvenir confuso, ora envuelto en negro crespon, ora magnífico, adornado con los brillantes colores del iris; pero siempre velado por una sombra misteriosa.

¿Quién no se ha complacido en observar un niño dormido en la cuna y aun en el mismo regazo materno? ¿Quien no ha contemplado con placer sus sonrosadas mejillas, su cándida frente y su boca, en la cual vaga una dulce sonrisa? Pero abre los ojos, mira en torno de sí, sus tiernas facciones se contraen dolorosamente y llora... ¿Es que siente haber vuelto á la vida? Es quizás que en sueños vagaba entre los ángeles y le pesa haber despertado.

Mas tarde, cuando ya el niño se puede dar cuenta á sí mismo de sus impresiones ¡con cuánta vehemencia se presentan á su imaginacion al despertar sus

pueriles goces, sus juegos infantiles y las caricias de una madre! ¡Cuanto lisongea su naciente amor propio la esperanza del premio que debe recibir en la escuela! Pero cuando por alguna travesura inocente teme un castigo, ¡cómo se oprime su tierno corazon cuando se ofrece á su memoria la fria mirada y la severa frente de un padre irritado!

Los que abrigais un alma sensible, los que habeis sentido con toda su intensidad lo que se llaman penas y placeres de la vida, decidme: cuando os habeis dormido, arrullados por una esperanza placentera, cuando habeis experimentado la felicidad, ¿no es verdad que habeis gozado mas al despertar en la primer mañana de vuestra dicha que en los momentos mismos en que veiais satisfechos vuestros deseos? Es que en aquel instante de inefable dulzura se ven las flores sin espinas. Es que entonces disfrutamos de goces espirituales mil veces mas bellos que los positivos.... Pero cuando nos hemos dormido bajo el peso cruel de una horrible desgracia ¡qué golpe tan rudo recibe el corazon cuando despertamos! Al pronto tenemos la conciencia de una desdicha, poco á poco nuestras ideas se aclaran y caemos en un abismo de dolor: entonces quisiéramos volver á dormir, pero dormir siempre en un sueño profundo y eterno.

Dios mío! vos que sois tan elemente y piadoso, ¿por qué aplicais el bálsamo á la herida para recrudecerla de nuevo?.... Empero el lenitivo va obrando, aunque pausadamente, y la llaga se va cicatrizando hasta convertir la vehemencia de nuestro dolor en una vaga melancolía: entonces, es verdad, al despertar no se presenta á nuestra imaginacion aquel horizonte sin límites alumbrado por el sol de la esperanza. Vamos á empezar un dia sin dulces emociones, sin deliciosas ideas; pero un dia tranquilo consagrado al trabajo y á la virtud. No hay mas que una idea que de cada dia se presente mas sombría, mas negra, mas aterradora

esta idea que atormenta la imaginacion del hombre, que tortura su corazon, es el remordimiento. Infeliz del que lo experimente! Este ni aun durmiendo descansará; entonces tendrá el convencimiento de que es desgraciado, pero no recordará por qué: tal vez creará que puede presentarse ante la sociedad con la frente erguida; tal vez el triste soñará que es inocente; pero he aquí que una ráfaga de viento ó cualquier otro ruido le despierta. Aquel sonido, semejante á la trompeta que el postrer dia hará sonar el ángel del Señor, le traerá la conciencia de su crimen, le recordará que debe evitar la vista de sus semejantes, que inspira horror á sus hermanos, que se lo inspira á sí mismo y que querría, aunque en vano, sustraerse á las miradas de un juez severo é irritado. En su comparacion ¡cuán dulce es el despertar del justo!

Gracias, Dios mio, gracias os debemos tributar todas las mañanas los que podemos reclinar nuestra abrasada frente en el dulce seno de una madre, los que podemos estrechar la mano de un amigo, los que tenemos un corazon que ha sufrido mucho, pero que no está gangrenado por el vicio, los que aun podemos levantar los ojos y el corazon hácia vos, los que miramos, en fin, el cielo como el término de nuestro penoso viaje, como nuestra patria futura.

PILAR PASCUAL DE SANJUAN

LA LUNA DE MIEL.

(Véase el número 32.)

III.

Muchos dias de querella y altercado se pasaron entre los dos. Ella denigraba la perfidia de su marido con aquella acrimonia que con tanta vehemencia sabe improvisar la muger despechada; pero irritábala aun mas la imperturbable serenidad con que el astuto español arrostraba sus denuestos. Pero si hay un término para las fruiciones del placer ¿cómo no lo habrá para las angustias y el dolor? Calmáronse por fin un poco los primeros ímpetus del de Berta, y si los dias no se deslizaban del todo placenteros, dejaron de ser tan aciaños y crueles. La afligida jóven apelaba á todos los artificios para vencer la pertinacia de Perico, haciéndose la melindrosa, absteniéndose de comer, á lo menos aparentándolo, pues en la mesa arrojaba de sí los platos y cuanto se le servía: con todo, á sus solas daba tregua á su propósito, comiendo con buen apetito lo que de derecho le pertenecía.

—Advertid, decía, que si no me soltais, veréisme morir de hambre, y cuidado, que Berta Cutts sabe cumplir su palabra.

A la que Oblea, con aquella impasibilidad de siempre, respondía:

—Bella es la vida, querida, cuando hay que comer.

Algunas veces, como no la hiciera caso, acometía á los pla-

tos, y comía como quien tiene apetito, convenciéndose cada vez mas de que aquellos manjares, aunque sencillos, no eran nada ingratos á la salud y al buen apetito.

Dos meses despues ya ordenaba las sillas; fregaba, si no la vagilla, las mesas y tazas, y ayudaba á Sofia en algunos quehaceres domésticos. Ofendíala ya muy poco la vecindad de los cerdos y unos cuantos pares de pollos; á estos llegó hasta á repartirles las sobras de la mesa. Este cambio moral en el carácter de la poco ha aristocrática señora, no pasó desapercibido de Perico, el cual poseído tal vez de esta creencia, la exhortaba un dia en estos términos:

—«Si quieres recobrar la paz perdida, aprende de la naturaleza, que el principio vital de todas las cosas es el movimiento y el trabajo. Cuanto acá en la tierra existe está destinado á funcionar al fin directo que le señaló su sapientísimo regulador. La materia inerte agena de este principio de actividad perece aniquilada ó confundida por el perenne movimiento de aquella potencia regeneradora. Las mejores aguas que no corren, merman y se agotan en su misma inaccion. La planta que no crece se marchita y la arrebatada el viento; el hombre que no trabaja perece envenenado por la consuncion y el ocio, si pobre en bienes, por la miseria. ¿Qué alcanzas con mirar las ondulaciones que tus lágrimas producen en las fuentes, con pasar horas enteras contando las vigas de los techos? ¿Que casa no es susceptible de mejoras? ¿En donde no hay un plato por lavar, un mueble por asear, un cuarto por barrer?»

Nada contestaba á las austeras moralejas por el estilo que de cuando en cuando le ensartaba el bueno de Perico á la que de pecho y corazon solo pedía mundo, mundo, mundo... ¿Qué paño de lágrimas, esclamarán las mugeres de las prendas de la opulenta y bellísima hija de Albion, para una jóven que antes y despues de ser inicuaemente arrebatada á las dulzuras de una vida independiente y colmada, trocará de buena gana aunque debiera costarle una prima de besos (modismo bursátil de ley) todos los tratados de filosofia moral por una hora de hacer rabiar á media docena de amantes. Las señoras tienen razon, Perico la tiene tambien. En esto entramos nosotros y decimos: no nos importa un bledo dar un beso á ninguna casada ó soltera de la talla de Berta; no obstante si esta soberbia criatura tenia ya derecho en Londres á esta fineza de nuestra caballeridad, en la humilde casita de Andalucía podrá exigirnosla por duplicado segura de no llevarse chasco. Si mañana ú otro dia puede volver á sus antiguos hábitos, tampoco la negariamos tres: esto es, la muger que lo valga, puede contar siempre con nuestro amparo y proteccion, pero entiéndese que á nosotros nos gusta muy mucho en la muger llaneza, llaneza, aquella llaneza que no excluye la elevacion y el buen tono.

Volviendo al sermonejo del español taimado, la pobre muchacha lo escuchó llorando á lágrima viva y se retiró á la cocina donde á la sazón estaba la vieja Sofia durmiendo con una perrita en la falda.

En otra ocasion, viendola con el vestido roto. Perico la decía:

—Los rasgones sientan mal en personas aseadas; cóselos, querida, esto te ocupará algunas horas. El saber coserse y remendarse es de grande utilidad, porque al paso que en esto se sirve uno á sí mismo, no se necesita de nadie.

Algunos dias despues estuvo á visitarle el cura del vecino pueblo, varon de ilustrada piedad, recto criterio y querido de su muy amada grey. Perico le invito á beber.

—Mi muger nos traerá de la bodega un trago de lo bueno. Ea, Berta, sube uno de Jerez.

La pobrecilla devorando en silencio su vergüenza fué por lo pedido.

—No es esto, mujer; nos subes tintilla y te pedimos Jerez...

dijo con aquella imperturbabilidad el terrible esposo, al verla comparecer con una botella de lo primero.

Esta vez pudo mas el despecho que la obediencia y dejando á secas la botella sobre la mesa respondió:

—Ya irá Sofia.

—Vamos, Berta, no te hagas de rogar, insistió Oblea. El señor cura está aguardando.

Obedeció, subiendo un instante despues con el Jerez.

—¡Bravo! Diga el señor cura sino vale un mundo mi muger. Bebe con nosotros, querida... ¡A la salud de nuestro buen pastor! A la tuya, Bertá!

Esta acercó la copa al labio y se escabulló precipitadamente como asaltada de alguna idea. Tomó la pluma y escribió.

«Orillas del Genil, á 12 leguas de Granada—Querido Intendente requerid la justicia y venid por Dios á libertarme de este cautiverio. El duque no es tal sino un misero labrador de esta tierra. Cada dia es un martirio para mí. Venid, venid pronto» En el sobre «Olivero Harding y C.^a Londres.

Cerróla fuese con ellos, esperando que el sacristan la llevaría al correo. La favorable coyuntura de estar ocupados Perico y el cura en registrar unos papeles, hizo que pudiera hablarle á solas y así le dijo, al oido por supuesto.

—Ya que vais al pueblo servios tirar esta carta al correo. Dios os lo pagará y yo tambien cuando tendré dinero.

—¡Una carta! exclamó el sacristan, arreciando la voz. Carta, en latin *epistola*, *epistole*, como *musa*, *muse*. ¿Seria la de san Pablo á los romanos, aquella tan famosa epistola...

—No tal, interrumpió temblando Berta, es mia....

—Si la de san Pedro á los Corintios, apuesto un higo que vuestros amigos son unos paganos, dijo el sacristan subiendo de punto la voz.

—¡No seas torpe!.. repuso Berta, desesperada de perder unos momentos tan preciosos.

—Si la de san Pablo á los Efesos, ya se la diré yo de coro á vuestros amigos....

Para acabar de una vez, Berta se la metió en el bolsillo y le llenó un vaso de vino que de un sorbo se bebió, pero el otro volviendo luego á la carga con su gerigonza epistolar.

—Tambien San Pedro las escribió famosas sobre todo aquella que dice.... Se me ha olvidado, mas sé que dice algo.

—Con otra epistola como esa se va tu cabeza á la trampa, díjole el cura ignorando la máquina de aquella conversacion.

—Decía á esta señora repuso el pesado sacristan con un gesto que la hizo temblar....

Perico que tampoco estaba en el enredo, pasó felizmente á otro tema, y sin mas novedad en este lame emprendieron el cura y el sacristan el camino de la aldea.

(Se continuará.)

G FRANCO.

Epigrama.

En una mula sentada
Iba Ines, moza feroz;
Y por lucirse taimada,
Picó espuela, y espantada
Me dió la mula una coz.
Díjome Inés: «disimula;
Pero tiene mal zancajo,
Porque es mula que recula.»—
Yo contestéla: «¿Qué mula?
¿La de arriba, ó la de abajo?»

MANUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

LOS QUE HACEN EL OSO

Ó TOCAN EL VIOLON.

El que siendo diputado
Habla y grita en el congreso
Y presume que por eso
Es un gran hombre de estado
Y está ufano y vanidoso,
Puede decir que hace el oso.

Aquel que con pompa y lujo
Obsequia á sus electores
Y grave dice: «Señores
Yo gozo de grande influjo»
Con singular intencion,
Este toca el violon.

Aquel que tiene tartana
Y en ello su orgullo fija,
Y á Madrid lleva á su hija
Y la adorna, la engalana,
Y no le alcanza un esposo,
Puede decir que ha hecho el oso.

El que habla á un pretendiente
Y le demuestra disgusto,
Fingiendo que cree injusto
Que en un destino decente
No le den colocacion,
Es que toca el violon.

El que ama á una beldad,
Y ella ni quiere su trato,
Y logra haber su retrato
Por mera casualidad;
Y por ello está orgulloso,
Puedo decir: Hago el oso.

Si despues de cruda guerra
Nuestro egército glorioso
Entra en Tánger victorioso,
Y por dar gusto á Inglaterra
Lo deja sin dilacion,
*Solo habremos hecho el oso
Y tocado el violon.*

Y aunque es triste condicion,
En el mundo proceloso,
*Una mitad hace el oso
Y la otra toca el violon.*

ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

LOS QUE HACEN EL OSO

O TOCAN EL VIOLON

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

Y LOS QUE HACEN EL OSO

IMPOTANTE.



LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

LA VEGA DE TOLEDO

La Redaccion de EL CAPE tiene el honor de ofrecer á la Empresa del Teatro de Santa Cruz la presente compañía dramática, para ver si es de su gusto, ya que hasta ahora no ha encontrado ninguna que lo sea.... He dicho.

LA VEGA DE TOLEDO.

LEYENDA ÁRABE.

Cuando por el horizonte
Con tibias tintas dudosas
Los prados y las colinas
Alumbrando vá la aurora,
Y con su luz nacarada
Disipa las densas sombras:
Cuando las aves despiertan
Y con sus voces canoras
Al Dios de la creacion
Sus alabanzas entonan,
Cuando el pesado letargo
La naturaleza toda
Sacude con que le oprime
La noche pesada y lóbrega,
Y sonríe de la luz
A la claridad hermosa,
De la vega de Toledo
Por la verde y rica alfombra,
Ginete sobre un corcel
De árabe raza orgullosa,
Un moro triste camina
Con faz apenada y torva.
En profundos pensamientos
Sumergida su memoria
No advierte el risueño cuadro
Ni la magnífica pompa
Que despliega ante su vista
El que en el Empireo mora.
De cuando en cuando un suspiro
Que se exala de su boca,
Da á conocer que su pecho
Un corazon aprisiona,
Que si nó todos pudieran
Tomarle por una sombra.
Es jóven, gallardo, altivo,
Y su alta nobleza abona
La riqueza de sus armas
Y el brillo de su garzota.
Sin duda un amor ardiente,
Propio de la raza mora,
Su alma de guerrero, fiera,
Con su violencia destroza,
Porque rompiendo el silencio
Habla al fin en esta forma.
—Fátima, tras larga ausencia
A tu lado Zaide torna;
¡Quien sabe si la pasión
Que me juraste amorosa
Cuando partí de Toledo,
Diste al olvido en mal hora!..
¡Quien sabe si mientras yo
Mi gumia poderosa
Contra el cristiano vibraba
Allá en los campos de Córdoba,
Tu gozabas de otro amor
Las caricias deliciosas!....
Ah! no lo permita Alhá
Que en ese caso, traidora,
Sangre mi cruda venganza
Vertería rencorosa,
Y tu traición ahogaría
En sus purpurinas ondas....
Mas no... tu virtud ultrajo
Con suposición tan loca:
No cabe perfidia tal
En alma tan candorosa.
Tú por las auras mecida
Del puro Eden de Mahoma,
Huri de aliento balsámico
Y de fantásticas formas,

Cándida flor oriental,
De suave y fragante aroma...
Tu no puedes en tu cáliz
Encerrar letal ponzoña.—
Al concluir su discurso
Su corcel se para, y nota
Que se halla frente á la puerta
De la casa de su hermosa.
Es una rica alquería
De apariencia encantadora,
Cuya elegante fachada
Árabes dibujos bordan:
Escudo de nobles armas
Su férrea puerta corona,
Y los mármoles mas limpios
Sus ajimeces adornan
En cien esbeltas columnas
De volutas caprichosas.
Tal es su apariencia bella
Que, descollando entre todas,
De la vega de Toledo
Es la mas preciada joya.
—Aquí es, dice, donde Fátima,
Tal vez espera anhelosa
Mi vuelta, contando triste
De mi tardanza las horas...
El nido ha de haber dejado
Ya mi cándida paloma;
Ya habrá bajado al verjel
A oscurecer á la aurora
Con su faz fúlgida y pura
Y á dar envidia á las rosas.
Llamemos al ajimez...
La impaciencia me devora —
Dos golpes dá á la ventana
Con mano febril y pronta,
Y espera latente el pecho
Que á su llamada respondan:
¡Cuántas ideas distintas
Sobre su frente se agolpan,
Unas de dolor amargo,
De dicha inefable otras!..
Cada minuto que tardan
Sus inquietudes se colman,
Y es un siglo de tormentos
Que su corazon sofoca.
Por fin una linda mano
Abre las cerradas hojas,
Y un rostro de serafín
Tras de los hierros asoma.
Es ella, que su hermosura
Con muda voz lo pregona,
Y la impresión del guerrero
Al mirarla lo denota:
Él, de amor arrebatado,
Con mirada arrobadora,
Ébrio por tanta ventura,
En contemplarla se goza.
Ella al mirarle, aterrada,
Queda yerta y silenciosa;
El asombro la enmudece,
Sus mejillas descolora,
Y un febril temblor agita
Su delicada persona....
Un ¡ay! profundo, su pecho
Exala en voz angustiosa,
Y su sonido en el alma
Penetra del que la adora.
—¿Qué es esto Fátima mía?
Suspiras con honda queja
Cuando tu Zaide á tu reja
Viene en alas del amor?
¿Cuando tras un lustro largo
Viene buscando anhelante
De tu corazon amante
El volcan abrasador?
Yo esperaba que al momento

Que á Zaide reconocieras,
De gozo el pecho sintieras,
Mi gacela, rebosar,
Y te inmutas al mirarme;
Un ¡ay! exalas doliente,
Y miro escrito en tu frente
Agudo y hondo pesar!

—Zaide, los hados impíos
Con su furia despiadada
El alma de tu adorada
Desgarran sin compasion,
Y si la causa terrible
Te revelo de mi llanto
Se congelará de espanto
La sangre en tu corazon.

—Al oír lo misterioso
Y sombrío de tu acento,
La sangre que cesa, siento
En mi ser de circular.
Un presentimiento horrible
Ha poco me ha atormentado;
¿Será que se ha realizado
Lo que me hacia temblar?

Los corazones á veces
Presienten la desventura...
—¡Habla!—Es tanta mi amargura
Al verte, que no podré.
—No mis tormentos aumentes
Con la incertidumbre fiera.
—La dicha aquí es pasajera,
Y la nuestra un sueño fué.

—Tu inconstante....—Cesa, Zaide,
En mi pecho desgarrado
Un frío acero has clavado
Con esa suposición.
Mi amor cual la roca firme
Ni se aminora ni olvida,
Podrá terminar mi vida,
Mas no mi amante pasión.

¿Que causa entonces...—Por siempre
Perdimos nuestro reposo;
A un hombre llamé mi esposo
En la presencia de Alhá.—
El moro cual por un rayo
De las nubes desprendido,
Quedó mortalmente herido;
La vida no siente ya.

Estático, inmovil, mudo,
Mira con vista turbada:
Fátima quedó aterrada
Ante aquel crudo dolor.
Entrambos por largo tiempo
Dos estatuas semejaron,
Y percibir no dejaron
El mas pequeño rumor.

Al fin el silencio rompe
Zaide y con truncado acento
Tras un suspiro violento
Exala su queja así.
—La muger es flor muy frágil
Aunque de suave fragancia;
Esta liviana inconstancia
Ya hace tiempo que temi.

En tanto que con tu imagen
En el alma, peleaba,
Y ardiente amor te guardaba
Como candente volcán;
Tú el recuerdo desechando
De la fe que prometiste
A otro tu cariño diste
Tal vez con amante afán.

Mal haya aquel que insensato
En vuestras promesas fia
Y os entrega su alegría,
Su pensamiento y su ser;
Y mal haya eternamente
El que adora con delirio
Y sufre horrible martirio
Por amar á una muger.

—Infeliz de la que escucha
De los adorados labios,
Desgarradores agravios
Que hacen de pena morir,
Cuando por amor sufriendo
Y su dolor devorando,
Contempla que vá llegando
El término á su existir.

—¿Como disculpar pretendes
Tu proceder fementido?
—Oye por lo que he sufrido
Lo que he de sufrir aun;
Y si despues de escucharme
Tu perdón no me concedes
Quitarme la vida puedes
Sin miramiento ningun.

Tras un lustro de inquietudes
Que por tí me destrozaron,
De Córdoba aquí llegaron
Las nuevas de vuestra lid.
Terrible, para mi fueron;
Que en la bella Andalucía
Muerto dijeron que habia
Mi idolatrado adalid.

Al oír tu nombre, el llanto
Fué mi alimento constante;
Ni una hora, ni un instante
Fuéme dado reposar.
Tu fiel recuerdo querido
Por do quiera me seguia,
Do quier tu sombra veia
En torno de mi vagar.

Este dolor tan profundo
No consolaba una madre,
Y sin mirarle mi padre
A otro hombre me prometió.
Eu vano fué resistirme;
Demandé piedad en vano,
Y hace un año que mi mano
Mi padre á aquel hombre dió.

Desde entonces mi existencia
Es un torcedor horrible,
Tan agudo, que es posible
Acorte su duracion.
Fieros ensueños y lágrimas,
Afan continuo padezco,
Mira si de tí merezco
Un poco de compasion:—

Los ojos de la infelice
En triste llanto arrasados
Semejan en lo velados
Una estatua del dolor.
Zaide á impulsos de la pena
Yerto, inmóvil permanece,
Y en su pecho rudo crece
Tormento desgarrador.

—¿Por que esta vida azarosa
Ha respetado el cristiano,
Eslama, si hado inhumano,
La habia de desgarrar?
Muerto en el campo enemigo
Bendeciria mi suerte,
Por que es mas suave la muerte
Que este terrible pesar.

— La muerte también anhelo,
Dice Fátima afligida:
¿Para que quiero la vida
Que tú no has de embellecer?...
—Será mi tormento corto,
Zaide esclama... por que en breve
A impulsos del dardo aleve
Terminará el padecer.

Los dos tras hondo suspiro
Con las frentes inclinadas,
Presas de un dolor profundo
De la tierra se separan,
Y su vida en tal instante
Es una vida letárgica.
De lo que pasa á su lado
Nada advierten ni reparan,
Así que el ruido no sienten
Que un hombre furioso causa,
Abriendo de la alquería
La puerta doble y pesada:
Al ver á Zaide, hacia él
Con paso resuelto avanza,
Y desnudando el allange
Centellas sus ojos lanzan.
—Asesino de mi honor,
Le dice, prueba tus armas,
Que si te quito la vida
Que mi ventura profana,
En la esposa desleal
Completaré mi venganza.
Zaide, alza solo la vista,
Y sin proferir palabra
Desenvainando el acero
A combatir se prepara.
Fátima la horrible escena
Contempla triste, apenada,
Conteniendo el corazón
Que del pecho se le salta;
Pero se hiela su voz
Al salir de su garganta.

Los dos moros con violencia
Llenos de furiosa rabia
Se acometen y se hostigan
Y rudos golpes descargan:
A los tigres del desierto
Semejan en la pujanza,
Y sangre anhelan entrambos
Ver correr en abundancia.
Al fin enrojece el suelo
La que honda herida derrama
De Zaide, abierta en el pecho,
Que cae exalando el alma
Sin dar siquiera un quejido
Y sin nombrar á su Fátima.
La mora al verle caer,
Un ¡ay! desgarrador lanza,
Y los sentidos perdiendo
Viene al suelo desplomada.
El vencedor al oírlo
Vuelve su vista agitada,
Y con cólera y despecho
Y cóncava voz esclama:
—Llegó la tremenda hora
De la divina venganza.
Alhá condujo á este sitio
El que su amor me robaba,
Y con su muerte me prueba
La justicia de mi causa.
Ahora ó mia ó de la tumba
Que mi brazo te prepara—
Y en la quinta presuroso
Entra, á los jardines baja,
Y al querer alzar su esposa
Con un cadáver se halla.

ANTONIO MALLÍ Y BRIGNOLE.

TEATRO DEL CIRCO BARCELONES.

La campana de la Almudaina,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL DE D. JUAN PALOU Y COLL.

Como no podemos estendernos mucho, nos concretaremos á decir que este drama merece todos los elogios que la prensa de Madrid le ha tributado. En la esposición del argumento hay situaciones tanto ó mas interesantes que en lo demás. El final del segundo acto es sublime, impresiona de tal manera al espectador que sufre de lo que vé y oye tanto como los protagonistas. El tercer acto no tiene aquel interés que el anterior, pues se repite el final de este, si bien la animación del diálogo y los elevados pensamientos que el autor pone en boca de los actores, logran cautivar la atención del espectador. Aconsejamos á nuestros lectores que procuren asistir á la representación de esta obra, pues tendrán deseos de volver á saborear tantas y tantas bellezas como en ella se encierran.

El trozo que aquí transcribimos basta por sí solo para acreditar á un poeta.

Ved al sol... siempre brillante
Espléndido y altanero
Ilumina al mundo entero.
Y si alguna nube errante
Niega el paso á la luz suya,
En fé de que no le ofende,
De mil colores la enciende
Porqué avergonzada huya.

Sentimos no poder ser mas estensos, y únicamente añadiremos que el Sr. Palou habrá leído y estudiado mucho á Zorilla, pues la situación del final del segundo acto tiene mucha semejanza á la de igual acto del *Zapatero y el Rey*.

En cuanto á la ejecución dejó mucho que desear. De ninguna manera se debía tolerar que la Sra. Rizo se encargara del papel de *doña Constanza*. Debemos censurar en primer lugar á esta señora, en segundo al señor Director que no debió consentir semejante anomalía y en tercer lugar á la Empresa que, á pesar de lo prometido, no se ha procurado aun una primera actriz digna del público de Barcelona.

La señorita Dardalla comprendió muy bien el inocente tipo de Isabel, y, como estaba en su elemento, inútil es consignar que gustó mucho y que fué aplaudida.

El señor Guerra, siempre el mismo; olvidando el carácter del papel que interpreta para acordarse de sus meneos de cabeza, exagerados ademanes, y posturas nada verosímiles. Si el señor Guerra podía dominarse y conservar siempre idéntico carácter, sería uno de los buenos actores, pues dice con mucha verdad. En el final del segundo acto, hubo momentos que parecía que estaba accidentado. Bueno es que se demuestre dolor, duda, ira, pero todo tiene sus límites, y es necesario huir de la exageración.

El señor Zamora mereció unánimes aplausos, y dijo con tal intención y verdad las diferentes escenas en que toma parte que sentimos tuviese que haberselas con una madre que tan poco le secundaba. Con otra actriz hubiera sido mas aplaudido de lo que lo fué. En la escena del segundo acto estuvo á la altura de un consumado actor.

El señor Munner no sabía el papel, y le vimos siempre fluctuando. Además muy oportuno estuvo cierto periódico cuando le dijo que le aconsejaba que aprendiese á hablar el castellano.

El señor Dardalla no sirve para el papel de *Beltran*. En buen hora que le aplaudamos en *Paco y Manuela*, *El parto de los montes*.... pero en cuanto á lo demás.... callar es lo mejor.

Los demás repetiremos lo ya dicho ultimamente. Aconsejamos á los actores dejen que todo los concurrentes oigan lo que dicen, pues hablan tan sumamente bajo, que parte del público se queda á oscuras.

Por lo no firmado, NILO MARÍA FADBA, Secretario.

DIRECTOR, J. A. FERRER FERNANDEZ.—E. R. ANTONIO FLOTATS.

Barcelona, 1859 — Imp. de la Publicidad, de Antonio Flotats, bajada de la Cárcel, n. 6.